

dhon, algo de lo que constituye el fondo del carácter francés, tiene, no ya el amor á la originalidad, sino el amor á la singularidad. Y sacrifica la verdad al deseo de sostener una tesis que hiera fuertemente la imaginación francesa y haga vibrar su nombre con grande resonancia en las ondulaciones del aire. Sólo así puedo explicar que diga hoy que Francia tiene su cuadrilátero en manos de Prusia como Italia tenía su cuadrilátero en manos de Austria. En cambio la *Opinion Nationale* escribe estas sensatas palabras: «¿Es herir el honor alemán pedirle que no ocupe sin derecho una posesión del rey de Holanda? No lo creemos. Esperamos que la diplomacia pueda fácilmente encontrar una base de transacción honrosa en la neutralización bajo una forma cualquiera del territorio disputado; porque tenemos horror á una guerra, que empeñada entre Francia y Alemania tendría todos los caracteres de una guerra civil.»

La cuestión parecía entrar en la fase de las negociaciones. Y sin embargo encontré por estos días uno de los escritores más adictos al Imperio, y me dijo lo siguiente: «tendremos guerra, porque Francia ha encontrado un cañón que dispara ciento treinta y tantos cañonazos por minuto, capaces de barrer muchos ejércitos y de incendiar muchas ciudades.» Como veis, la razón no puede ser más valedera, no puede ser más fuerte. Pero desde este infierno de los conflictos guerreros, pasemos á la Exposición, al Congreso de la Paz. Esta exposición de París indudablemente es la más grande, la más rica de cuantas recuerda el mundo; pero ya lo hemos dicho, no la más bella. Comencemos por decir que no se han seguido ninguno de los dos sistemas que hoy traen dividido al mundo; pero que hacen cada uno con sus procedimientos y con sus medios las verdaderas maravillas. La Exposición pudo hacerse por una asociación libre como la Exposición de Inglaterra, ó pudo hacerse como se hacen todas las cosas en Francia, por el esfuerzo exclusivo del Estado,

del Imperio. Se han combinado los dos sistemas y ha resultado un eclecticismo, que como todos los eclecticismos, sólo engendra obras verdaderamente híbridas. Al lado de gastos fabulosos mezquinerías ridículas. Muchos millones para levantar un palacio como no se hubiera visto otro en magnitud; un regateo incomprensible de tiempo, de espacio, de dinero para alojar á cada nación, y ya en su línea nacional, á cada expositor. El sitio escogido para la Exposición parece á los parisenses un sitio ya extraño á su gran ciudad, porque para la flor y nata de los parisenses, la capital del mundo se compone de los puentes y los muelles que se extienden entre Nuestra Señora y la Plaza de la Concordia, y sobre todo, de la línea clásica de los grandes boulevares. Así es que á pesar de los muchos medios de locomoción empleados, los vapores, los ómnibus, los ferro-carriles, los coches, hay que sufrir siempre alguna molestia. Después, cuando se acerca una gran multitud por cada puerta, por cada avenida, como ríos que van al Océano, llegadas al palacio, se encuentran en un torniquete, que sólo permite la entrada de uno en uno, y que es por consecuencia el potro del tormento. Ya dentro del palacio, la orientación es muy fácil, la clasificación muy adecuada y lógica; pero jamás se encuentra un punto de vista grandioso que abrace, como sucedía en la última Exposición, un maravillosísimo conjunto. El que va á estudiar y comparar tiene más medios que en las antiguas exposiciones; el que sólo va á ver tiene mucho menos espectáculo. De todos modos, cuando entramos en este grandioso circo; cuando vemos tantos y tan varios instrumentos, tantas y tan potentes máquinas; cuando consideramos los productos que la industria ha aglomerado para conservar la vida y los productos que la ciencia ha aglomerado para iluminarla y los productos que ha aglomerado el arte para embellecerla; en el pensamiento nos acordamos de aquella tierra de los primeros días de la creación, humedecida

por el estancamiento de las aguas, erizada por el espesor casi impenetrable de los bosques, iluminada por la pálida antorcha de los volcanes en continua erupción, y la comparamos con esta tierra, con este planeta de hoy, iluminado por los faros que como estrellas de esperanza se levantan en las costas; surcada por los telégrafos eléctricos y los caminos de hierro que vienen á ser como su sistema nervioso; embellecida por esta serie de obras de arte que es como una espléndida diadema de la cual se irradia el resplandor de la hermosura, no podemos menos de bendecir el trabajo que con sus fatigas, con sus martirios, tanto ha perfeccionado nuestro planeta, y tanto lo ha iluminado, haciéndolo irradiar de cada uno de sus poros el éter misterioso, más vívido que la materia cósmica diseminada por los espacios infinitos, el éter misterioso que siente y piensa, y tiene la indómita virtud de la voluntad, el éter del espíritu humano, lo que más se acerca y más se asemeja á Dios en el Universo.

Antes de entrar en el palacio de la Exposición, voy á hablaros de un recuerdo. Enfrente del palacio había una montaña que se llamaba el Trocadero, en conmemoración de un irrisorio triunfo de los cien mil franceses que fueron en el año veintitrés á arrancar á España el sistema constitucional. Con la montaña del Trocadero se ha nivelado el Campo de Marte y se han construido los cimientos de la Exposición universal. El nombre, muy mortificador para nosotros los españoles, y poco glorioso para nuestros vecinos los franceses, ha desaparecido con la montaña. Una cuesta no muy ágría, y una escalinata no muy monumental, han reemplazado á la antigua montaña, ofreciendo al pueblo una gran plaza y una gran gradería para contemplar á vista de pájaro el conjunto exterior de la Exposición. Esta plaza se llama Plaza del Rey de Roma. ¿Por qué tal nombre? Quiero evocar las memorias históricas. Es tan necesario á la vida humana el recuerdo como la esperan-

za. Si no se deslizara entre estas dos riberas sería insufrible la vida, porque lo presente es siempre muy triste. Por la historia dilatamos el breve minuto de nuestra existencia hasta convertirlo en una eternidad. En las fraguas de la historia, el tiempo se estira con extraña elasticidad como el pequeño pedazo de hierro candente bajo el martillo de los ciclopes. Las pirámides en el Desierto son grandiosas, no tanto por sus dimensiones y por su arquitectura, como por guardar á sus pies enterrado un gran pueblo con sus extrañas teogonías. La Plaza del Rey de Roma encierra también un gran recuerdo. Cuando Napoleón tuvo un hijo, creyó tener una esperanza de perpetuidad para la dinastía levantada sobre las ruedas de los cañones. En aquella blonda cabeza reposaba la inmortalidad de su obra. El César acariciaba de antemano extraños proyectos, porque nada podía parecer imposible al corso que se levantaba desde oficial de artillería á nuevo Carlo-Magno, con reyes por vasallos, y emperadores por cortesanos, y la tierra por tablero para sus juegos de azar, las naciones por pedestal, el rayo de la guerra por cetro, y la corona de la fortuna por diadema. Napoleón era juriscónsulto, matemático, arquitecto, naturalista y cómico. Muchas veces invitaba á Talma á su palacio para que tomara lecciones prácticas de representar los papeles de rey. Arquitecto también, como he dicho, quiso levantar sobre esa montaña demolida enfrente del Campo de Marte, un palacio inmenso para su hijo el rey de Roma; un palacio desde el cual se descubriría ese mar de hombres que se llama París. Antes de levantar el palacio Napoleón hasta había nombrado el conserje, un pobre trabajador que le escribiera cierto memorial en verso, pidiéndole indemnización por su industria perdida á causa de las expropiaciones. La obra de Napoleón debía ser mayor que la obra de Luis XIV. El palacio del Rey de Roma debía eclipsar el palacio de Versalles. Pero todos estos sueños se desvanecieron. Napoleón

cayó en Waterlloo. María Luisa, su mujer, se volvió á casar con un tuerto despues de haber compartido el lecho con un titan. El hijo de Napoleon murió en Viena víctima de los reyes, como el hijo de Luis XVI muriera antes en París víctima de los pueblos. Cuando las cenizas del conquistador iban á volver de Santa Helena, se proyectó levantarles el sepulcro sobre esa misma montaña donde habia soñado levantar el palacio de su dinastía. Esa montaña, que ni de palacio ni de sepulcro sirviera, sirve hoy de base al gran circo de la Industria. En el lugar que ocupaba, se extiende la Plaza del Rey de Roma. ¿No parece decir todo esto que el único poder permanente y glorioso es el poder del trabajo?

Nada hay más difícil que dar un análisis de este inmenso dédalo de la industria. Baste decir que he recorrido desde la alta plataforma la galería de las máquinas, y mirándola muy de ligero, he empleado más de cuatro horas. Esta galería es la más ancha, la más elevada, la más interesante. Allí se ven los grandes motores que el vapor impulsa y que á su vez impulsan las máquinas; los telares donde se peina, se limpia, se hila, se teje el algodón y la lana; las barras de hierro fundidas, estiradas, retorcidas, arregladas bajo la poderosa mano del trabajo, hasta hacerlas flexibles como una caña y manejables como el barro; los instrumentos prodigiosos que taldran las piedras, perforan las montañas, abren como las hojas de un libro las rocas primitivas guardadoras de los secretos de la creacion, y extraen la hulla de los oscuros senos donde la encerrára el enfriamiento sucesivo del planeta; allí las bombas que agotan el agua en los profundos pozos, los ventiladores que llevan el aire, las lámparas que derraman la luz en la noche eterna de las minas para sorprender la cuna de los minerales, los aparatos foto-eléctricos que encieran el dia en el seno de las tinieblas, las hornillas donde se depura el mineral y deja su rico substratum, esa piedra filosofal de la

ciencia; allí los materiales para las fábricas agrícolas, los tubos que han reemplazado á los antiguos costosos acueductos, el aparato donde se tuesta el café, y el aparato donde se congela el agua, el destilador que clarifica el aceite para darle un rico sabor, y el lebrillo de hojalata que condensa la blanca leche en apetitoso queso; las retortas que exhalan vapores de amoniacos; el montgolfiero que nos promete las alas del águila y por consecuencia el dominio del aire; allí la aserradora para cortar los bosques, la cavadora para buscar la tierra sazónada en el campo, la sembradora para esparcir sobre el surco la misteriosa semilla preñada de ópimos frutos, la red para el pescador, el cable para atar la nave á la playa; desde el azadon hasta esos gases destinados por la química á dilatar los horizontes de la vida y á espiritualizar, digámoslo así, la materia; allí las de la mecánica, esa palanca de Arquímedes que remueve el mundo; los reguladores y los moderadores del movimiento, gruas capaces de elevar pesos enormes, máquinas hidráulicas, calderas generadoras de vapor, recipientes donde el vapor se condensa, retortas para dar el éther, el cloroformo; desde el esquife hasta el navío acorazado; los medios de fecundizar la tierra y de dominar las olas; allí desde la carreta hasta la carroza, desde el cilindro que stampa el dibujo en la tela y en el papel, hasta la máquina inmortal de Guttenberg que eterniza las obras del pensamiento, desde el lente que ayuda á la vista en su debilidad, hasta el faro que busca al navegante en la inmensidad de los mares y le contempla con la luz de su caritativa mirada; allí toda esa trasformacion que está esperando todavía el grande, el inspirado autor capaz de escribir el poema de la industria, como Virgilio en sus Geórgicas escribió el poema inmortal de la Agricultura. Ahora bien, analizar todo esto, y las otras ocho galerías, será el trabajo titánico de toda una generacion. Y un mundo con tantas riquezas, con

tantas glorias, con tantas maravillas, que va á resolver el problema de sustituir los brazos por las máquinas, que va á levantar todas las frentes abatidas, que va á ungrir con el óleo de la dignidad humana á todas las razas, en vez de escribir la palabra paz y trabajo al pié

de todas estas máquinas, ¿convertirá como Cain sus fuerzas á degollar á sus hermanos? ¡Oh humanidad, sublime ciega, que llevas una lengua de fuego sobre la espaciosa frente, cuán tardamente andas por el camino del progreso!